

Introducción



El intenso desarrollo tecnológico de las últimas décadas se ha visto acompañado por una creciente insostenibilidad en las relaciones entre el sistema productivo económico y los ecosistemas del planeta, así como por un progresivo incremento de (la percepción social de) los posibles riesgos para numerosas formas de vida, incluido el funcionamiento de la propia biosfera. Todo ello ha dado lugar a un variado abanico de riesgos ambientales de carácter global (con el «cambio climático» como exponente más complejo y mediático), con conexiones locales no siempre evidentes, que generan crecientes conflictos sociales y resultan difíciles de afrontar desde las fórmulas políticas tradicionales.

La toma de decisiones clásica sobre riesgos tecnológicos y ambientales distinguía muy claramente entre dos esferas: la de los expertos, que miden, evalúan y producen los datos más «objetivos» posibles, y la de los decisores (o *policy-makers*), que, a partir de dichos datos, elaboran políticas públicas para gestionarlos o «governarlos». En este modelo, los ciudadanos han solido desempeñar un papel residual y subordinado, pues se ha tendido a considerar que sus convicciones no estaban fundadas en datos factuales, sino en evaluaciones de tipo más bien intuitivo y eminentemente subjetivo, y, por lo tanto, poco adecuados para la toma de decisiones sobre el ámbito público o el bien común. Cuando se habla de «percepción social del riesgo», normalmente, se hace referencia al conjunto de estas evaluaciones intuitivas.

Al hilo de las protestas nucleares de las décadas de 1960 y 1970, se supuso que sería útil conocer y comprender los «sesgos» con los que los ciudadanos percibían los riesgos y las políticas que los regulaban. Para ello, desde las ciencias sociales, se desarrollaron varias propuestas teóricas y metodológicas encaminadas a estudiar las percepciones sociales del riesgo. Así se esperaba contribuir a evitar o mitigar los crecientes conflictos sociales relacionados con riesgos tecnológicos y ambientales. En este contexto, buena parte de las políticas ambientales y de gestión de riesgos se diseñaron desde la perspectiva del «déficit», es decir, desde el supuesto de que la población solía ser ignorante o no disponía de la información adecuada. De ello se deducía que habría que

proveerles de la información correcta, mediante procesos de «comunicación del riesgo», para que sus percepciones fueran las esperadas y «correctas» y, en consecuencia, sus comportamientos resultaran más «adecuados» o «razonables» (y menos conflictivos, desde el punto de vista de expertos y decisores). Sin embargo, pronto se constató que no existía una relación causal directa entre la información que las personas tienen sobre los riesgos y los comportamientos que ponen en práctica ante ellos. Lo mismo puede decirse de la información de que disponen sobre medio ambiente y sostenibilidad, así como de los comportamientos que llevan a cabo en la gestión doméstica de residuos, uso de energía, consumo, etc.

Así, se empezó a poner el énfasis en perspectivas de carácter más holístico e integrador, que tuvieran en cuenta el marco social, político y cultural en el que se desarrollan los procesos de percepción y de comunicación de los riesgos, lo que abrió el campo a fórmulas menos unidireccionales y más interactivas y convirtió a la participación ciudadana en elemento clave de la *gobernanza* de los riesgos ambientales. Sin embargo, aunque ya existe una extensa experiencia sobre políticas ambientales más o menos participativas (caso de la Agenda 21, etc.), se observa que se trata de una tarea compleja, difícil de encajar con las instituciones de gobierno representativas y no siempre suficientemente efectiva, por no mencionar los relevantes debates sobre equidad y justicia ambiental que siempre conllevan.

En este sentido, las últimas tendencias en el diseño de políticas que pretenden avanzar hacia la sostenibilidad ecológica y afrontar los conflictos socioambientales de una manera justa, subrayan la necesidad de profundizar en esta línea, procurando *implicar* al público en la definición de los problemas, generando metodologías y espacios donde expertos, decisores y ciudadanos puedan compartir datos, experiencias y puntos de vista. Se asume cada vez más que la incertidumbre científica, presente en muchas de las problemáticas ambientales, origina una serie de demandas legítimas por parte de diversos actores que pretenden influir o participar en la toma de decisiones. En este sentido, el reto no es solo integrar la diversidad de los actores existentes, sino también convertir la toma de decisiones en un proceso de aprendizaje social donde todos ellos aporten conocimientos y percepciones de la realidad e intenten llegar a definiciones compartidas de los problemas.

El presente número monográfico nace de la confluencia entre varios grupos de investigación con proyectos en marcha sobre estos temas en España y en Chile. Por un lado, los grupos de la UAB (IGOP), del CIEMAT (CISOT) y la URV (Asterisc), que llevan años de colaboración mutua en investigaciones nacionales e internacionales sobre percepción de riesgos petroquímicos, nucleares, alimentarios, etc., y en contacto con sectores académicos vinculados a la Society for Risk Analysis-Europe, en particular con el profesor Tom Horlick-Jones, inspirador de una relevante línea de interpretación sociológica del riesgo. Por otro lado, los grupos de la Universidad de La Frontera (Chile) (del Departamento de Ciencias Sociales y del Instituto de Medio Ambiente), que están llevando a cabo interesantes investigaciones sobre riesgos ambienta-

les (contaminación atmosférica, conflictos sociales relacionados con el uso de agua, de energía, etc.) desde una perspectiva de sostenibilidad ecológica, con innovadoras conceptualizaciones que integran tanto elementos ambientales como sociales. Tras un primer encuentro aprovechando el Congreso Español de Sociología celebrado en Madrid en julio de 2013, se decidió organizar varios seminarios conjuntos en la Universidad de Los Lagos y en la Universidad de La Frontera, en el sur de Chile, en noviembre de 2013, así como un encuentro posterior en el marco de la I Jornada de Evaluaciones de Impacto Socioambiental (EIS), organizada por Antonio Aledo y José Andrés Domínguez en Alicante, en 2014. Como resultado de todos estos intercambios, se decidió proponer un monográfico para dar entidad y presencia a este tipo de investigaciones sobre el riesgo ambiental y la sostenibilidad, hasta ahora relativamente marginales en el contexto de la sociología de nuestro entorno.

El monográfico se abre con un artículo de Ana Prades et al., en el que se describe la evolución histórica acerca de cómo han abordado las ciencias sociales los conflictos sociales relacionados con los riesgos tecnológicos y ambientales, con particular atención a sus implicaciones para la gestión del riesgo y la progresiva aparición de fórmulas participativas de gobernanza. Una de estas fórmulas de implicación pública es el llamado método STAVE (Systematic Tool for Behavioural Assumption Validation and Exploration), conceptualizado por el profesor Tom Horlick-Jones (University of Cardiff) y desarrollado en el marco del proyecto europeo PACHELBEL-FP7, 2010-2012, en el que participaron grupos de investigación de seis países (www.pachelbel.eu). Así, los artículos de Josep Espluga et al. y de Wilfried Konrad describen la aplicación del método STAVE en diferentes contextos y estudios de caso (sostenibilidad en el pequeño comercio y uso doméstico de energía, respectivamente), a modo de experiencias piloto.

Desde el punto de vista de la elaboración de políticas públicas, los artículos de Christian Oltra et al. y de Jordi Prades et al. ilustran la presencia y/o la ausencia de procesos de participación ciudadana y de implicación del público en el diseño de varias políticas ambientales (sobre contaminación atmosférica y sobre emplazamiento de un vertedero de residuos nucleares, respectivamente), mostrando las limitaciones y los déficits de las acciones meramente tecnocráticas.

En relación con conflictos ciudadanos explícitos, los artículos de Arturo Vallejos-Romero et al. y de Jaime Garrido et al. analizan la influencia de factores socioeconómicos y culturales en la configuración de varios conflictos ambientales expresión del rechazo a infraestructuras energéticas en Chile (una central térmica y un parque eólico, respectivamente), unos factores que, en estos casos, se suman y sobrepasan a las típicas percepciones de daños ambientales o a la salud. Finalmente, los artículos de Francisca Fonseca et al. y de René Montalba et al. abordan la cuestión de en qué medida la diversidad cultural y biológica puede contribuir a aumentar la resiliencia de comunidades rurales expuestas a riesgos ambientales (pérdida de agua, de biodiversidad, etc.) e incorporan un interesante análisis del papel del capital social en el caso

del primer artículo, así como la elaboración de un novedoso índice de riesgo socioecológico para evaluar territorios afectados por riesgos ambientales como el cambio climático en el segundo.

Sabemos que, en el ámbito de la sociología española e iberoamericana, existen otros colegas realizando interesantes investigaciones en la línea de las aquí descritas, a quienes nos habría gustado invitar a colaborar en el monográfico, pero, dado lo limitado del espacio y del tiempo disponible, habrá que aplazar su presencia a una futura publicación (que seguro la habrá). Aquí, de momento, nos limitamos a presentar los resultados de cuatro proyectos de investigación concretos, dos chilenos, uno español y uno europeo, sobre riesgos ambientales, implicación pública y políticas de sostenibilidad.

Tributo a Tom Horlick-Jones

No podemos finalizar esta presentación sin rendir un sincero homenaje y tributo al profesor Tom Horlick-Jones, fallecido a causa de un cáncer el pasado 12 de enero de 2015, mientras el presente número monográfico cobraba forma. Tom Horlick-Jones fue un científico social influyente y peculiar, que llegó a la sociología tras graduarse en matemáticas y que, antes de entrar en el mundo de la academia, pasó más de una década trabajando en la Administración pública, donde llegó a ser director del Centro de Información y Planificación de Emergencias de Londres. En su vida académica, ocupó cargos relevantes como investigador en la London School of Economics and Political Science, en el University College de Londres, en la University of Surrey y, finalmente, en la University of Cardiff, donde fue catedrático de la Facultad de Ciencias Sociales hasta su muerte.

Aunque su investigación abarcaba campos muy dispares y miras muy amplias, su principal especialidad fue el estudio de las percepciones y los comportamientos ante el riesgo, la comunicación del riesgo y los procesos de toma de decisiones. Su línea de investigación proponía repensar la sociología del riesgo en términos de los razonamientos prácticos de los individuos, con especial atención al uso del lenguaje, el conocimiento y la interacción social. Para el desarrollo de esta línea, bebió de muchas fuentes, pero sobre todo de la etnometodología y del interaccionismo, así como de la obra de filósofos como Ryle y Wittgenstein, además de su experiencia práctica como gestor público. A pesar de su bagaje matemático, su investigación se caracteriza por una base cualitativa (sin renunciar a la cuantitativa), mediante el uso de técnicas etnográficas, de investigación-acción, métodos grupales y diferentes técnicas de análisis conversacional y de discursos.

Paralelamente a su investigación académica sobre la gestión de riesgos, Tom realizó una importante labor como asesor de instituciones públicas. Así, por ejemplo, tras el fallecimiento de dos personas en el carnaval de Notting Hill en el año 2000, fue requerido por el entonces alcalde de Londres, Ken Livingstone, para asesorar a un grupo de deliberación sobre el evento, lo cual dio lugar a sustanciales medidas políticas de reforma en términos de seguridad.

En el año 2000, realizó un informe sobre el accidente ferroviario de Ladbroke Grove que llevó a la creación, en 2003, de la Rail Safety and Standards Board. O, entre 2002-2003, dirigió un equipo patrocinado por el Gobierno británico para evaluar los argumentos a favor y en contra de los cultivos modificados genéticamente, con lo cual proporcionó relevantes evidencias sociológicas al Comité de Ciencia y Tecnología de la Cámara de los Comunes.

La capacidad reflexiva de Tom Horlick-Jones queda patente en su audacia a la hora de publicar un artículo de investigación sobre su propia experiencia como enfermo de cáncer, en un estimulante intento de analizar sociológicamente sus interacciones con el sistema sanitario y de reflexionar sobre cómo la enfermedad afectaba a sus propias prácticas y razonamientos sobre la vida cotidiana (ver referencia más abajo).

Su influencia sobre nuestros grupos de investigación respectivos ha sido crucial, pues no solo compartía nuestras inquietudes académicas, de investigación e incluso vitales, sino que, además, sabía hacer lo más difícil y esencial: formular las preguntas adecuadas y responderlas con el mayor rigor metodológico posible, siempre aportando una perspectiva novedosa y un contagioso entusiasmo. Por ello, en este monográfico, del que es coautor con su último artículo, queremos rendir un sentido tributo a su persona y su obra.

Dada su escasa presencia en el ámbito sociológico hispano e iberoamericano, nos atrevemos a recomendar una breve selección de sus publicaciones:

- HORLICK-JONES, T. (2005). «Informal logics of risk: Contingency and modes of practical reasoning». *Journal of Risk Research* [en línea], 8 (3), 253-272. <<http://dx.doi.org/10.1080/1366987042000270735>>
- Horlick-Jones, T. (2011). «Understanding fear of cancer recurrence in terms of damage to 'everyday health competence'». *Sociology of Health and Illness*, 33 (6), 884-889. <<http://dx.doi.org/10.1111/j.1467-9566.2010.01325.x>>
- HORLICK-JONES, T. y PRADES, A. (2009). «On interpretative risk perception research: Some reflections on its origins; its nature; and its possible applications in risk communication practice». *Health, Risk & Society* [en línea], 11 (5), 409-430. <<http://dx.doi.org/10.1080/13698570903180448>>.
- (2014). «Translating between social worlds of policy and everyday life: The development of a group-based method to support policymaking by exploring behavioural aspects of sustainable consumption». *Public Understanding of Science* [en línea], 14 de abril. <<http://dx.doi.org/10.1177/0963662514525556>>.
- HORLICK-JONES, T.; SIME, J. y PIDGEON, N. (2003). «The social dynamics of environmental risk perception: Implications for risk communication research and practice». En: PIDGEON, N.; KASPERSON, R. y SLOVIC, P. (eds.). *The social amplification of risk* [en línea]. Cambridge (UK): Cambridge University Press, 262-285. <<http://dx.doi.org/10.1017/CBO9780511550461.012>>.

- HORLICK-JONES, T.; WALLS, J. y KITZINGER, J. (2007). «Bricolage in action: Learning about, making sense of, and discussing, issues about genetically modified crops and food». *Health, Risk and Society* [en línea], 9 (1), 83-103. <<http://dx.doi.org/10.1080/13698570601181623>>.
- HORLICK-JONES, T.; WALLS, J.; ROWE, G.; PIDGEON, N.; POORTINGA, W.; MURDOCK, G. y O'RIORDAN, T. (2007). *The GM debate: Risk, politics and public engagement*. Londres: Routledge.

Josep Espluga Trenc,
Ana Prades
Arturo Vallejos-Romero
(coordinadores)